

nuestros días, sin ocultaciones ni falsificaciones” (p. 287). La conciencia de la manipulación del relato histórico se hacía viva cuando la sociedad no reconocía en dicho relato las inquietudes y problemas del presente. Se hacía entonces imprescindible proceder a la revisión de esa narrativa, pues en ella se fundaban algunos de los rasgos esenciales de la nueva identidad, incompatible con el régimen desaparecido o por desaparecer.

Puede quedar la duda sobre los motivos que llevaron a los soviéticos a intervenir, conscientes como eran de que la respuesta internacional no habría de ser benevolente hacia ellos. Pero tal vez la respuesta venga de su temor a la extensión del ejemplo húngaro. De hecho, como recogen los autores, los primeros pasos de la revuelta no sólo recibieron el apoyo de los húngaros o el más interesado de Occidente, sino que éste llegó también de Rumanía y Checoslovaquia, y provocó dudas en Yugoslavia. Pese al temor de traicionar su propia propaganda en pos de la paz mundial o de manchar la imagen de la patria del socialismo, la interpretación del riesgo que la sublevación húngara podía tener pudo más que cualquier otra consideración.

En definitiva, estamos ante un libro útil, práctico y ante una plataforma para entrar a conocer mejor un mundo, el de la guerra fría, lejano ya en el tiempo, pero ante el cual podemos caer en un distanciamiento tal que impida su comprensión. Tal vez a partir de libros como éste podamos evitar la lejanía más esterilizadora, que no es la temporal, sino la cultural, la que nos impide comprender, entender o incluso sospechar el sentido de lo que nos llega del pasado.

Ricardo Martín de la Guardia, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Valladolid es un consolidado especialista en la historia de los países del Este de Europa. De la misma Universidad procede Guillermo Á. Pérez Sánchez, en la que es profesor titular, igualmente especializado en el mundo del antiguo pacto de Varsovia. Ambos han coeditado varios libros, entre los que destacan los siguientes: *El mundo después de la Segunda Guerra Mundial* (2000); *La Unión Europea y España* (2001); *Los países de la antigua Europa del este y España ante la ampliación de la Unión Europea* (2001); *Historia de la integración europea* (2001); *Historia de la Unión Europea: de los seis a la ampliación al Este* (2003); *La URSS contra las Comunidades Europeas: la percepción soviética del mercado común (1957-1962)* (2005). Por último, el profesor István Szilágyi, hispanista, catedrático y director del Departamento de Ciencias Sociales y de Estudios Europeos de la Universidad Pannon de Veszprém, ha publicado *Hungría y el mundo. Hungary and the World* (2001) y, recientemente, *Portugal y España. Historia y política en el siglo XX*.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Manuel Maldonado Alemán (coord.), *La narrativa de la unificación alemana*, Berna, Peter Lang, 2006. 296 pp. ISBN: 3039108751. 48€.

Índice, p. 5; Introducción, p. 7; Parte I. PRESUPUESTOS Y CARACTERÍSTICAS. 1. Olga García, *La caída del muro y la unificación de Alemania*, p. 11; 2. Manuel Maldonado Alemán, *Un nuevo horizonte literario. La narrativa de la unificación*, p.

[MyC, 9, 2006, 263-338]

33; 3. Isabel Hernández, *Antecedentes*, p. 51; Patricia Cifre Wibrow, *Controversias literarias*, p. 75. Parte II. TEMAS Y MOTIVOS. 5. Leonarda Trapassi, *La Stasi y el control político en la RDA*, p. 95; 6. Víctor M. Borrero Zapata, *La caída del muro y la desaparición de la República Democrática*, p. 121; 7. Margarita Blanco Hölscher, *La vida cotidiana en la Alemania del Este*, p. 147; 8. Juan J. Fernández y Eva Parra, *Esperanza, miedo y decepción. Las dificultades de la unificación*, p. 171; 9. Asunción Sáinz y Manuel Sánchez, *La confrontación con el pasado*, p. 199; 10. Isabel Hernández y Miriam Palma, *Destinos individuales*, p. 223; 11. Manuel Maldonado Alemán, *La superación de la división de Alemania*, p. 245. Cronología, p. 273. Bibliografía, p. 283.

Probablemente uno de los aspectos que más interés ha despertado en la disciplina histórica en los últimos decenios haya sido el derivado del carácter verdadero (o no) de la escritura histórica. Especialmente relevante a este respecto fue el debate en torno a su carácter ficticio, sobre todo tras la publicación en 1973 del libro de Hayden White. Desde entonces, hubo voces que consideraron la historia como una forma de ficción más, e incluso llegó a acuñarse un neologismo, *faction*, para designar el territorio híbrido entre ambos. Además de generar un considerable debate, tal vez el efecto más beneficioso de todo ello haya sido el de introducir la literatura como un elemento a tener en cuenta en la reflexión histórica. No hay que olvidar que la discusión en torno a la novela histórica formaba parte de una cierta tradición desde mediados del siglo XIX, aunque habitualmente desdeñosa hacia ella por su lejanía de los modelos metodológicos de la nascente profesión histórica. En ésta comenzó a primar por encima de cualquier otro condicionante el derivado de la necesaria cientificidad de la disciplina, por lo que su consideración artística fue quedando relegada, como manifestó la polémica entre Trevelyan y Bury a comienzos del siglo XX. La historia no podía ser literatura porque era ciencia y en ella, por consiguiente, tenía poca cabida no ya la imaginación, sino incluso la belleza formal.

Salvo periódicas oscilaciones, éste fue el tono general hasta finales de los años setenta, cuando se apreció con claridad la existencia de un cambio, la muestra del agotamiento del modelo socio-científico y la necesidad de volver a apreciar en la escritura de lo histórico el rostro de los seres humanos. Una consecuencia de ello fue la aceptación de la crítica a un modelo de objetividad histórica puesto en cuarentena desde tiempo atrás, aunque al cuestionarla se apreciaron grados en el proceso de rechazo: desde quienes aceptaban la implicación e intervención del historiador en el proceso analizado pero sin invalidar la aspiración a una objetividad histórica, hasta la de quienes los consideraban un literato más y, por tanto, con la misma ficcionalización que los novelistas. De hecho, los propios literatos habían comenzado a reclamar su papel en la construcción del pasado, criticando la actuación de los historiadores. Son ya clásicas las diatribas de Tolstoi en

Guerra y paz, pero en cierto modo mostraban la figura del intelectual libre de compromisos y, por ello, conciencia crítica de la sociedad. En esa crítica se incluyó a los historiadores, no sin razón insertos entre quienes respaldaban y justificaban la acción estatal. Además, los escritores fueron recogiendo el testigo dejado por los historiadores universitarios, encerrados en sus lustrosas torres de marfil del mundo académico, en lo que tocaba a la divulgación y popularización de los relatos con el pasado como protagonista. Paulatinamente la novela y los novelistas se convirtieron en el intermediario entre el conocimiento del pasado y el público lector, cada vez más alejado de un gremio, el de los historiadores, cuya escritura se ensimismaba, recluida en torno a su público cautivo.

Los novelistas se consideraron a sí mismos como portavoces de la vida real –no digamos nada de aquellos países en los que el régimen político era dictatorial– y sus obras como la vía para el mejor conocimiento de lo que ocurría en la sociedad. En buena medida, y como señalaba el más conocido de los novelistas alemanes de la actualidad, Günter Grass, lo ficticio era superior “a una historiografía que se circunscribe a la realidad superficial de lo dado y que, por eso mismo, es incapaz de acceder a la ‘verdad’ de lo sucedido. La literatura, la imaginación estética, se erige así en un medio idóneo para explorar y conocer la historia desde el presente” (p. 255). Y es que en el libro colectivo que dirige Manuel Maldonado Alemán, el tema de fondo que recorre todas sus páginas no es otro que el del papel de la historia en la literatura, el peso del pasado en la novela, la forma de afrontar los acontecimientos que marcan época por parte de la sociedad. Como señalaba en 1994 Manuel García Viñó respecto a la novela del franquismo, “la literatura de una época es la época digerida por la literatura”. ¿Cómo soslayar en la Alemania de los años noventa la caída del muro y la unificación entre las dos partes? ¿cómo podían sus literatos ignorar lo que estaba convulsionando la sociedad? ¿cómo no tomar parte en el proceso de transformación generalizado del país? Evidentemente la óptica podía haber sido distinta, optar por cuestiones económicas, o ideológicas, incluso sociales. Sin embargo, la manera en que la literatura afrontó lo ocurrido en 1989 y 1990, sus antecedentes y consecuencias, adoptó la perspectiva histórica, pues, como señalaba el propio Grass en el discurso de recepción del Premio Príncipe de Asturias de las letras en 1999 (significativamente titulado “Literatura e Historia”), “[d]esde que la escritura se convirtió para mí en proceso consciente [...], la Historia, sobre todo la alemana, se me ha interpuesto. No había forma de esquivarla” (*El País*, 23-X-1999).

Analizar lo ocurrido en Alemania a partir de la literatura con la cual se había digerido el torbellino de su tiempo no deja de ser un análisis literario tal vez en su fase formal, pero es también, necesariamente, un análisis histórico. De hecho, confieso que al leer este libro he aprendido mucho, sobre

todo de cómo los hechos recogidos en la historia aún reciente se trasladan a la vivencia de sus protagonistas menos encumbrados, es decir, a la de la mayoría. Y ésta me parece una de las ventajas mayores a la hora de asumir las propuestas –turbadoras para el historiador profesional– de unos escritores que reclaman su voz como un instrumento imprescindible mediante el cual acercarse al pasado.

En este sentido el libro comentado me parece modélico, por el orden y la integrada coherencia, por mostrar las facetas que una literatura puede ofrecer para quien esté interesado en el mejor conocimiento de las percepciones y las consecuencias de la historia con mayúsculas en el conjunto de la sociedad; por el recorrido que se hace a través de los elementos históricos fundamentales y cómo éstos se trenzan en una narrativa que saca a la luz las consecuencias en el terreno de lo micro, de la vida cotidiana. Tal vez por lo dicho pudiera parecer que la literatura, en sentido estético, carece de relevancia, y no es así. De hecho, como desgranar los diversos capítulos, la estética de esta *Wendeliteratur*, de la literatura del cambio de época, tiende a fijar también la diferencia entre el Este y el Oeste, más tradicional y testimonial la primera, más experimental la segunda. Sin embargo, más allá de la forma, es el tema el que domina y lo hace desde la experiencia más que desde la ideología (Manuel Maldonado, pp. 39, 50), integrando el nivel personal y el histórico (Asunción Sainz y Manuel Sánchez, p. 199). De ahí la importancia determinante del pasado, de la visión histórica, y la aparición de la nostalgia entre los antiguos habitantes de la RDA, la añoranza respecto al pasado perdido y a las viejas seguridades –pues aunque éstas fuesen de disidencia respecto al poder dictatorial, implicaron también la pérdida de la utopía socialista, por un lado y, por otro, la pérdida de un país que, como señalan Isabel Hernández y Miriam Palma, pese a los pesares, era el suyo–. Y es que las actitudes de los intelectuales fueron tan divergentes que la aparición en 1990 del libro de Christa Wolf, *Was bleibt* (*Lo que queda*), generó una polémica tal, la *Literaturstreit*, que las posturas literarias dieron un inmediato salto a lo político, a las responsabilidades de los intelectuales por su postura ante lo ocurrido, al papel del pasado y a su digestión en el presente, a la búsqueda, continuación o rechazo de unas identidades en cambio acelerado, a la forma de afrontar los retos de una unificación que, para Günter Grass era una amenaza de nueva “prusificación” de Alemania y para Martin Walser la garantía de que el país podía pasar una dolorosa página histórica (M. Maldonado, pp. 245-71). Todo ello refleja, como señala Víctor M. Borrero, que “la narrativa alemana recupera en los noventa su función de catalizador histórico con la misión de ordenar e interpretar desde el imprescindible enfoque de lo íntimo el caudal de información provisto por estos sucesos” (p. 122). Un síntoma evidente de

esta situación es la cronología que se incluye en las páginas finales, bien reveladora de la historicidad del enfoque literario.

De forma paralela, como recoge Patricia Cifre Wibrow, el debate tuvo una faceta de renovación del tono literario, con la petición de acercamiento a un mayor componente estético antes que moral y político, al que se consideraba caduco. En 1995, el enfrentamiento entre Günter Grass y Marcel Reich-Reinicki mostraba la trascendencia de los temas debatidos, reflejando la sensación generalizada de cambio. En este sentido, no deja de resultar significativo que estos debates literarios aparezcan de forma paralela a los desarrollados en otras áreas, como la *Historikerstreit* protagonizada por Ernst Nolte, o las posteriores polémicas en torno a la historia o a la forma de afrontar el pasado que, desde 1989, se han sucedido en Alemania implicando al conjunto de la sociedad, e incluso a otros países, como muestra el impacto que tuvo el libro de Timothy Garton-Ash, *El expediente* (1997). Esto nos lleva de nuevo al papel del observador sobre el pasado, a la interacción entre ambos puntos, el presente y lo pretérito, al papel de la verdad y la neutralidad de la mirada. Como señalan A. Sainz y M. Sánchez, “[n]inguna incursión en el pasado, sea propio o extraño, está exenta de un compromiso, de una implicación personal, ya que ningún pasado puede considerarse ajeno” (p. 201). De ahí que la narrativa de la unificación sea un testimonio personal en ocasiones vinculado a la pretensión historiográfica, pero sin ambiciones de verdad absoluta.

Todo ello queda admirablemente recogido en las páginas comentadas, que trascienden ampliamente lo que podría considerarse un tema circunscrito a la crítica literaria. La propia disposición de los textos, su estructura, la inserción del primer capítulo genérico o la cronología final, manifiestan su voluntad de mostrar la reacción de la literatura frente a los desafíos del tiempo que le toca vivir, recogiendo así algunos de los temas que lo articulan. La ventaja del planteamiento es que anima a la lectura de las obras comentadas, aunque tal vez aquí haya que recoger el único “pero” que se le puede plantear. Y es que siendo un libro dirigido a un público hispanoparlante, salvo en algunos casos muy concretos, no se recogen las traducciones de los textos citados (12 de los 32 títulos recogidos en el apartado de fuentes de la bibliografía final).

En definitiva, la idea de la responsabilidad y la culpa en un tiempo sin responsabilidades y sin culpas presentes se plantea como una sombra que sobrevuela el pasado y obliga a una reflexión que va mucho más allá del ámbito alemán para entrar en una experiencia universal muy palpable en nuestro propio tiempo: ¿cómo convivir con el pasado?

Manuel Maldonado Alemán es profesor titular de Filología Alemana en la Universidad de Sevilla. Ha editado *Lo irracional en la literatura* (1999), *Márgenes y minorías en la literatura* (2003) y *Austria, España, Europa: identidades y diversidades* (2006). Es autor de *Texto y*

comunicación (2003) y, con Isabel Hernández, *Literatura alemana. Épocas y movimientos desde los orígenes hasta nuestros días* (2003).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Libros recibidos

